

ALGUNAS NOTAS SOBRE LA DEFENSA DE LA NACIÓN ESPAÑOLA CONTRA LA "CARTA PERSIANA LXXVIII" DE MONTESQUIEU, DE JOSÉ CADALSO

Montesquieu y Cadalso, dos hombres de su siglo.

Montesquieu y Cadalso son, sin duda, dos hombres de su siglo. Por su sólida formación intelectual, por su visión crítica de la realidad, plasmada en sus obras y convertida en materia literaria o ensayística, ambos contribuyeron a moldear la historia de la literatura y, en el caso del francés, del pensamiento occidental.

A lo largo del siglo XVIII y aún en los albores del XIX, una serie de transformaciones sociales, políticas e ideológicas van a revolucionar la vida civil de las sociedades europeas. Se suele mencionar Inglaterra como el foco original del cambio, pues sus características económicas, sociales y políticas propician las nuevas teorías de pensadores como Locke o Newton, que se asientan en los principios básicos del racionalismo cartesiano y del empirismo. Ambas líneas de pensamiento intentan llevar a cabo una explicación de la realidad y de los fenómenos naturales a partir de los datos de la experiencia, de su constatación empírica. De ahí la importancia dada a conceptos como observación, experimentación o razón a lo largo de este siglo *de las luces* –"luz" entendida aquí como sinónimo de "razón"¹, esa luz que posibilita la confianza en la fe y el progreso de la ciencia–.

Si Inglaterra es el país donde surge esta orientación, la cultura que la lleva a su máxima expresión será la francesa. Es importante tener presente esta idea del siglo XVIII como un siglo profundamente francés para intentar comprender los posteriores fenómenos que sacudirán los cimientos de la sociedad; cambios que quedarán reflejados de un modo u otro en la literatura, puesto que, apropiándonos del planteamiento teórico de Madame de Staël, y tras ella, de otros escritores españoles como Larra, la literatura es sin duda expresión de la sociedad. En este contexto se inscriben las obras de Montesquieu y Cadalso que me propongo analizar.

La formación de Charles Louis de Secondat es la propia de los hombres del XVIII: se especializa en Oratoria, en Juilly, y en Derecho en Burdeos y París. Además, sus inicios en la escritura vienen del ámbito científico: perteneció a la Academia de las Ciencias de Burdeos, y sus primeros escritos son tratados sobre las glándulas renales, el eco o el peso de los cuerpos. Cadalso, por su parte, se formó en su ciudad natal, Cádiz, con un tío jesuita² que lo envió a París con tan solo nueve años. Allí, en el Colegio Louis-le-Grand (París), dirigido por el padre Latour –protector de Voltaire– estudiará el escritor desde 1750 hasta 1754, según la cronología de Sebold (Sebold, 1974: 21). Andando el tiempo viajaría también a Holanda y Londres, donde residió un año y aprendió el idioma, por lo que a su vuelta a Madrid era un joven cosmopolita y educado, el

¹ Cadalso, por ejemplo, opone al concepto de *ilustración* el de *ignorancia*: "(...) es una calumnia indigna de una noble pluma hacer caer sobre toda una nación los excesos de unos pocos hombres que ha habido en todas partes en unos siglos más que en otros, según ha reinado la ignorancia o la ilustración." (Cadalso, 1970: 28).

² Para los datos biográficos seguimos "Vida y obras de Cadalso: visión de conjunto", dentro del estudio preliminar de Joaquín Arce (1990): *Cartas marruecas. Noches lúgubres*, Madrid, Cátedra, pp. 13-20.

ideal de intelectual en el siglo XVIII. Sus impresiones al regresar a su país están marcadas por el extrañamiento, como él mismo consigna en sus *Memorias o compendio de mi vida*: "Al año tuve orden para volver a España, y entré en un país que era totalmente extraño para mí, aunque era mi patria. Lengua, costumbres, traje, todo era nuevo para un muchacho que había salido niño de España, y volvía a ella con todo el desenfreno de un francés, y toda la aspereza de un inglés." (Cadalso, 1999). La experiencia vital de haber vivido en un país como Francia, cuna de los intelectuales modernos, los *Philosophes*, de la Enciclopedia y el *bon goût*³; e Inglaterra, gran plataforma de las nuevas corrientes filosóficas, necesariamente marcaron al joven Cadalso, muy distinto ya de aquel niño de nueve años que había salido de España años atrás.

Al igual que Cadalso, Montesquieu realizó diversos viajes por países europeos pero, mientras que Cadalso lo hizo en plena juventud, a instancias de la autoridad paterna y con la finalidad de educar su sensibilidad y formarse intelectualmente, el francés lo hará siendo ya un hombre maduro –entre 1728 y 1731–, escritor con una importante obra publicada: *Lettres persanes* (1721), *Dialogue de Sylla et d'Euclate* (1724) y *Le temple de Gnide* (1725), que le habían reportado cierta reputación y no poca polémica.

La consideración de estos dos escritores ha variado sensiblemente en el transcurso del siglo XX. José Cadalso fue considerado en las últimas décadas por un sector de la crítica como el ejemplo más perfecto del prerromanticismo español. Lidera esta postura el crítico Russell P. Sebold (1974), quien además señala la existencia de una literatura que adelanta motivos y elementos románticos en España ya hacia 1770, como prueba la publicación de las *Noches lúgubres* de Cadalso en 1771, publicada antes que el *Werther* de Goethe (1774), obra señalada tradicionalmente como la iniciadora del nuevo espíritu romántico.

Montesquieu, por su parte, ha sido estudiado desde mitad del siglo XX desde perspec-

tivas más amplias y que exceden el marco de la literatura, siendo considerado uno de los padres de la moderna sociología. Destacan en este sentido los estudios de Émile Durkheim (*Montesquieu et Rousseau, précurseurs de la sociologie*, Paris, Librairie Marcel Rivière et cie., 1953); Raymond Aron (*Les étapes de la pensée sociologique: Montesquieu, Comte, Marx, Tocqueville, Durkheim, Pareto, Weber*, Paris, Gallimard, 1967) o M^a del Carmen Iglesias, Julio R. Aramberry y Luis R. Zúñiga (*Los orígenes de la teoría sociológica: Montesquieu, Rousseau, Hegel, Saint-Simon, Torqueville, Comte, Marx, Spencer*, Madrid, Akal, 1980). Casi todos destacan la idea de revolución sociológica que subyace al pensamiento del Barón, por su voluntad de "fingirse extranjero a la sociedad en que se vive, mirarla desde afuera y como si se la viera por primera vez" (Ciria, 1967: 25). Ahora bien, conviene no olvidar junto a estas teorías su papel como literato pues, como plantea José M^a Valverde, Montesquieu "(...) suele tener más espacio en las historias de las ideas que en las historias de la literatura, y, sin embargo, seguramente se comprendería mejor el sentido de su pensamiento teórico si se lo viera como resultado y precipitado de una dedicación literaria, de una adicción al estilo y al lenguaje" (Riquer y Valverde, 1999: 218).

Lettres persanes y Cartas marruecas: una apertura crítica.

Las *Lettres persanes* de Montesquieu son una obra de juventud, escrita entre 1717 y 1720. La primera edición (1721) se publicó anónima y con un pie de imprenta falso, aunque no tardó en extenderse por los círculos sociales franceses el nombre de su autor, bastante famoso ya por entonces a pesar de su juventud.

La intención del autor al escribir este libro no es un misterio para el lector o el crítico que se acerca por primera vez a él, puesto que el propio Montesquieu la explicita en un breve texto que antepone a la obra, titulado "Quelques réflexions sur les *Lettres persanes*". En él, manifiesta su sinceridad, su propósito de no engañar a nadie, pues el planteamiento y propósito de la obra que acomete queda patente desde el principio,

³ Precisamente Montesquieu escribirá un *Essai sur le goût*, publicado en la *Encyclopédie* en 1756.

de manera que "(...) la nature et le dessein des *Lettres persanes* sont si à découvert quelles ne tromperont jamais que ceux qui voudront se tromper eux-mêmes."⁴ En efecto, Montesquieu plasma en este valioso texto a manera de preámbulo de las cartas una especie de itinerario de lectura que predispone al futuro lector, y que se verifica en la "(...) attention que tout l'agrément consistait dans le contraste éternel entre les choses réelles et la manière singulière, naïve ou bizarre, dont elles étaient aperçues."⁵ La impresión de actualidad, de presente inmediato, es el modo más eficaz en literatura para que se produzca la necesaria identificación del lector con aquello que está leyendo: "(...) l'on rend compte soi-même de sa situation actuelle; ce qui fait plus sentir les passions que tous les récits qu'on en pourrait faire."⁶

La estructura de la obra es, aparentemente, sencilla. Tras las reflexiones preliminares y la introducción entramos en el cuerpo de la obra propiamente dicha, compuesto por ciento sesenta y una cartas. El vehículo expresivo elegido por Montesquieu, la epístola, es el más acertado ya que "de todos los procedimientos narrativos, es el epistolar el que mejor puede expresar una intención perspectivística (Baquero Goyanes, 1963: 18). Por otra parte, el molde epistolar determina la complejidad de la obra, en tanto marca un juego de perspectivas entre los distintos destinatarios, que puede ser más laberíntico a medida que el número de éstos aumenta.

En la "Introducción" a *Lettres persanes* Montesquieu justifica la omisión del nombre del autor: "C'est assez des défauts de l'ouvrage sans que je présente encore à la critique ceux de ma personne."⁷ Se presenta a sí mismo como copis-

⁴ "(...) la naturaleza y la intención de las *Cartas persas* están tan al descubierto que nunca engañarán más que a quienes quieran engañarse a sí mismos." (Montesquieu, 1994: 5).

⁵ "(...) atención a que toda la gracia consistía en el contraste eterno entre las cosas reales y la manera singular, nueva o extraña, de percibir las" (Montesquieu, 1994: 5).

⁶ "(...) con ellas uno se da cuenta de su situación actual, lo que hace sentir más las pasiones que todas las descripciones que puedan hacerse." (Montesquieu, 1994: 3).

⁷ "Con los defectos del libro sobra, sin que añadan los críticos a ellos los de mi persona." (Montesquieu, 1994: 7).

ta de las cartas que unos persas que vivían en su compañía han escrito; se trata, pues, de un mero "intérprete". Nosotros, en tanto lectores, sabemos de la falsedad de esta aseveración pero aceptamos el pacto narrativo y continuamos la lectura del libro sumergiéndonos así en el componente verosímil de toda ficción. Paradójicamente, el autor explica después que ha acomodado "la obra a nuestras costumbres", adaptado "el estilo asiático", "quitado cumplidos". Es decir, que ha pulido literariamente unas cartas reales para que el efecto sea más apropiado –es decir, más adaptado al buen gusto y a las buenas costumbres francesas–, y más poético.

Para Montesquieu, el prólogo en sí mismo – pues esta introducción funciona como tal – no deja de ser un artificio literario, una mera convención e, incluso, un fastidio. Cadalso también se sitúa en esta línea valorativa del carácter accesorio de todo prólogo, si bien no podemos adscribir esta postura a la influencia del francés, ya que es una tendencia que entronca directamente con el legado cervantino⁸, herencia que cristaliza en Cadalso como en ningún otro escritor español del siglo XVIII. En este sentido, Mariano Baquero (Baquero, 1981: XLVI-LIII) encuentra en las *Cartas marruecas* varios ecos cervantinos evidentes, como el recurso literario del manuscrito encontrado, la "Nota" fina o la idea de "escribir la mitad de lo imaginado", expresada en una de las cartas por Gazel.

La estructura de las *Cartas marruecas* se plantea en tres bloques: una "Introducción"; las cartas, que en total suman noventa –número considerablemente inferior a las persas–, y dos textos finales, "Nota" y "Protesta literaria del editor". El autor asegura que ha encontrado un manuscrito que contenía las cartas de tres correspondientes: Gazel, un marroquí que acaba de llegar a España, Nuño, un español con el que ha enta-

⁸ Cervantes, en el prólogo a la primera parte de su *Don Quijote*, escribe en referencia a la historia que va a narrar: "Sólo quisiera dártela monda y desnuda, sin el ornato de prólogo, ni de la innumerabilidad y catálogo de los acostumbrados sonetos, epigramas y elogios que al principio de los libros suelen ponerse."; Miguel de Cervantes (1994): *Don Quijote de la Mancha*, Barcelona, RBA Editores, p. 78.

blado amistad durante su estancia en el país, y Ben-Beley, maestro de Gazel, que permanece en Marruecos. A través de estas cartas queda reflejado el modo en que un extranjero enjuicia las formas de vida de la sociedad española del siglo XVIII. La utilización de un viajero marroquí se debe a un principio básico de verosimilitud, pues era más creíble que fuera a España un extranjero de un lugar vecino como Marruecos que de otro mucho más alejado.

La obra de José Cadalso vio la luz por primera vez en las páginas de la prensa, fenómeno éste muy frecuente a lo largo del siglo XVIII y posteriormente en el XIX. El periódico que acogió a la que iba a convertirse en una de las obras fundamentales de la literatura española dieciochesca fue el *Correo de Madrid*, que las publicó en varios números, entre los años de 1788 y 1789. Tan solo cinco años, en 1793, las *Cartas* serían recogidas en un volumen exento. Sin embargo, la fecha de composición de las epístolas es muy temprana; probablemente Cadalso las compuso alrededor de 1774, época en la que residía en Salamanca, donde conoció y trabajó amistad con el poeta Juan Meléndez Valdés. Si nos detenemos en las fechas de redacción y edición de esta obra es porque nos interesa resaltar que la *Defensa*, nacida como respuesta a una carta de las *Lettres persanes*, se escribió antes que las *Cartas marruecas*, lo que demuestra que Cadalso ya estaba familiarizado con esta obra del escritor francés y, más importante aún, que ya entonces podría estar en marcha su futuro proyecto de obra epistolar al estilo de la escrita por Montesquieu.

Ya los propios contemporáneos señalaron la relación entre *Lettres persanes* y *Cartas marruecas*, en términos usualmente desfavorables para la obra del español, y ello se ha convertido en un tópico. Juan Luis Alborg recuerda que ya el poeta Quintana y el teórico Alcalá Galiano señalaron el carácter de “mala imitación” del libro francés. Más tarde seguirían esta corriente valorativa críticos como Menéndez Pelayo, Emilio Cotarelo y Mori o incluso extranjeros, como Adolphe-Louis de Puibusque o Ticknor (Alborg, 1975: 739). Quizá esta situación se deba a una mala o superficial lectura puesto que, en efecto, tanto

en el molde literario elegido –el epistolar– como en algunos temas tratados, coinciden ambas escritores, pero fuera de esto se trata de dos productos literarios, dos obras muy distintas. El género epistolar, por otra parte, estaba muy de moda en esta época⁹; el propio Cadalso alude a las ventajas que proporciona su uso en la “Introducción” a sus *Cartas marruecas*, a propósito de lo cual cita expresamente la obra de Montesquieu. Otro posible modelo en el que habría podido fijarse el español es *The Citizen of the World* (1762) de Oliver Goldsmith, una serie de cartas enviadas a su país por un mandarín que reside Londres; obra que, al igual que la de Cadalso, fue publicada en las páginas de la prensa.

La diferencia fundamental que separa a Cadalso de Montesquieu es su postura ideológica ya que, a pesar de su reacción crítica ante determinados esquemas sociales, el español suele omitir en sus escritos los temas más espinosos –políticos, religiosos–, quizá para escapar de la censura –la *Defensa* es una excepción en este sentido, pero en la carta a Meléndez el propio Cadalso da el motivo por el que no se ha decidido a darla a conocer–; mientras que Montesquieu, quien editó sus *Lettres* de forma anónima en Ámsterdam, no solo no elude tratar de religión, política o filosofía, sino que los trata con gran profundidad crítica. Algunos de ellos, precisamente, reaparecerán veintisiete años después mucho más desarrollados en su gran obra, *L’Esprit des loyes*. Montesquieu puede abordar estos temas gracias a las posibilidades que le brinda el modelo epistolar, como él mismo reconoce:

⁹ Fenómeno, por lo demás, común a toda Europa, propiciado por la traslación literaria de cartas reales, una forma de comunicación importantísima en la época. En la novela sentimental se utiliza precisamente este esquema literario. Richardson inicia el género con su *Pamela Andrews* (1740), a la que siguen en Francia *Julie ou La nouvelle Héloïse* (1761), de Jean-Jacques Rousseau, o en Alemania el *Werther* (1774) de Goethe. En España la más famosa es la anónima *Cornelia Bororquia*, pero también tienen considerable éxito *La Serafina*, de José Mor de Fuentes (1798), *La Leandra* de Valladares de Sotomayor (1797-1805), y *La Eugenia* de Gaspar Zavala y Zamora.

“Mais dans la forme de lettres, (...) l'auteur s'est donné l'avantage de pouvoir joindre de la philosophie, de la politique et de la morale à un roman, et de lier le tout par une chaîne secrète et, en quelque façon, inconnue.”¹⁰

Adviértase que Montesquieu utiliza los términos *lettre* y *roman* relacionándolos de tal modo, que no se excluyen necesariamente entre sí. La conclusión que podemos extraer de aquí es la concepción genérica que el autor francés tiene de su propia criatura: una novela que se sirve de la forma literaria de la carta¹¹; esto es, la concibe como una novela epistolar, y no exactamente como un ensayo, si bien desde nuestra perspectiva moderna y conocimiento de la literatura hagamos otra lectura, porque sabemos que hay una delgada línea que une ambas formas. Me parece fundamental recordar y remarcar esta idea de la consideración de Montesquieu de su propia obra, puesto que cualquier obra literaria ha de ser leída desde las coordenadas que marca el contexto en el que se inserta, a nivel cultural, espacial y temporal; y desde las coordenadas que marca el propio autor con su concepción de la literatura y la historia.

Otra diferencia entre las *Lettres* y las *Cartas* es la cuestión de su carácter narrativo: mientras que en Cadalso la carta no está al servicio de una intriga argumental, en la obra de Montesquieu hay un argumento, aunque mínimo, como reconoce el autor en la introducción; además, la intención del francés al escribir esta obra es radicalmente distinta a la de Cadalso. El interés del escritor francés está centrado, como luego volverá a suceder cuando proyecte *L'Esprit des loyes*, en las sociedades humanas en general, y lo que éstas tienen de universal, porque solamente estudiándolas podrá sacar conclusiones y aplicaciones para su propio país. A partir, pues, de la

crítica de sociedades como la persa, el autor puede valorar la sociedad francesa y, en general, la occidental. Cadalso sin embargo no plantea una crítica tan poderosa de la sociedad española, sino que disemina ideas y comentarios, que no llegan a alcanzar la erudición y la profundidad de los de Montesquieu. En este aspecto es innegable que el francés supera a Cadalso quien, en opinión de José Luis Alborg, escribe sobre lo que más tarde se llamará el problema de España guiado más por sus impresiones que por el estudio y las reflexión profunda. Montesquieu busca lo universal para llevarlo a lo particular de su país, mientras que Cadalso no indaga más allá de las cuestiones que le preocupan de España, no tiene un afán universalizador:

“A Montesquieu no le preocupa la búsqueda del carácter genuinamente nacional, y a pesar de las constantes críticas de las costumbres de su patria, no se afana en proponer soluciones porque, para él, Francia no es un problema (...). Cadalso, por el contrario, no pretende, ni alcanza, ninguna originalidad como teórico: su visión del hombre no se sustenta en las corrientes racionalistas de la filosofía ilustrada, sino en sus sentimientos (...)” (Alborg, 1979: 740).

Su apasionada defensa de España y los abusos que considera que el escritor francés ha cometido contra ella revelan que Cadalso no separó la voz del autor y la de su personaje, identificando las ideas de un anónimo francés que ha viajado por España y Portugal con las del propio Montesquieu. Ideas que, por otra parte, no dejan de ser tópicos frecuentes en esta época sobre el carácter y formas de vida españolas, repetidas hasta la saciedad durante el siglo XIX y reflejadas en la literatura.

En cualquier caso, es interesante destacar que tanto la obra de Montesquieu como la de Cadalso después suponen una apertura crítica: la mirada del escritor fuera de las fronteras naturales que marca el territorio de su patria, una mirada hacia Europa y hacia Oriente. Se trata de una visión no particularista de gran trascendencia en el contexto en que están escribiendo ambos, y está íntimamente relacionada con sus

¹⁰ “Pero, en forma de cartas, (...) el autor se permite la ventaja de poder añadir filosofía, política y moral a una novela, y de ligar el todo mediante una cadena secreta y, en cierto modo, desconocida.” (Montesquieu, 1994: 3-4).

¹¹ Recordemos la formación inicial de Montesquieu en Oratoria, por lo que la forma epistolar debió de ser para él una pura cuestión de estilo.

trayectorias vitales, con el hecho de que ellos mismos hubieran viajado por diversos puntos de Europa, contactando así con un trasiego de ideas y teorías que estimularon sin duda no solo la inteligencia, sino también la conciencia de ambos.

El viaje útil, o *viaje ilustrado*, es un verdadero topos del siglo XVIII; Cadalso alude en ello *Defensa*: "Los hombres de juicio extranjeros que han leído o viajado con utilidad (...)" (Cadalso, 1970: 4). En estos viajes, frecuentemente por Europa, se intentaba contactar con nuevos aspectos de la cultura y la ciencia, siempre presente: "La historia, el arte, la literatura sólo aparecen en viajes específicamente dedicados a trabajar esos aspectos; y, en estos casos, criterios científicos se convierten igualmente en predominantes." (Cañas Murillo, 2007: 77). Ese *viaje ilustrado*, como complemento insustituible de la formación intelectual y sentimental de todo hombre de letras, no dejaba de ser un viaje convencional por las ciudades europeas más refinadas: París, Londres, Roma, Viena... El máximo exponente de este tipo de viaje lo constituye *Le Grand Tour*. Sin embargo, los viajes que en este siglo ampliaron las miras de los hombres civilizados son las exploraciones que realizaron hombres, a menudo anónimos, que entraron en contacto con otras culturas y civilizaciones radicalmente opuestas a las encorsetadas occidentales, y que serían precursores de los aventureros románticos del XIX, y cuyo máximo exponente quizá sea el Capitán Cook. La novedad que supone en literatura preocuparse por otras culturas y ver más allá de las costumbres y formas de vida del país de origen se relaciona con este segundo tipo de viajeros, menos frecuente, y con la necesidad de investigar acerca de lo diferencial como único medio de indagar en el conocimiento de uno mismo. En esta línea se sitúan Montesquieu y Cadalso,

La Defensa de la nación española de José Cadalso.

La *Defensa de la nación española contra la Carta persiana LXXVIII de Montesquieu* es un texto atribuido a José Cadalso y desconocido hasta

hace relativamente poco tiempo, cuando el crítico francés Guy Mercadier lo compró a un librero madrileño en el año 1970. Hasta este momento, se desconocía el paradero de esta obra que el propio Cadalso cita en una carta enviada a su amigo, el poeta Meléndez Valdés. Se trata de una carta escrita entre abril y mayo de 1775, en la que Cadalso nombra al poeta amigo "depositor" y "heredero" de sus manuscritos inéditos, para evitar con ello que le fueran atribuidos póstumamente textos ajenos a su pluma. Al hacer el inventario de las obras que se propone enviarle registra las *Noches lúgubres*, *La Numantina*, unas *Poesías inéditas de algunos de mis amigos y otras mías*, un *Compendio de arte poética*, *La linterna mágica* y una *Memoria de los acontecimientos más particulares de mi vida* y, junto a estas obras, la titulada *Notas a la Carta Persiana N.º 78 en que el Sr. Presidente Montesquieu se sirve decir un montón de injurias a esta nación sin conocerla*. El título definitivo –al menos mientras no tengamos otra edición del texto – es el que figura en el manuscrito hallado por Mercadier: *Defensa de la nación española contra la "Carta persiana LXXVIII" de Montesquieu. Notas a la carta persiana que escribió el presidente de Montesquieu en agravio de la religión, valor, ciencia y nobleza de los españoles*.

Sobre esta obra escribe Cadalso a Meléndez: "Este es un manuscrito que haría fortuna imprimiéndose en un país en que hubiese algo de patriotismo, pero en España de nada bueno serviría y sí tal vez en perjuicio al autor, no tanto en el estado en que la conservo como en el total de donde se extractó este cuadernillo." (Cadalso, 1979: 102). Interesa fijar la atención sobre esta última frase, que apunta la posibilidad de que Cadalso hubiera escrito una obra más amplia de carácter ensayístico, presumiblemente en prosa, de tema desconocido para nosotros pero ligado, sin duda, al problema de España, que podría actuar de marco para esta *Defensa* –o, al menos, formaría parte de esa estructura englobante–.

Desde el hallazgo de Mercadier en 1970, la *Defensa* aparece mencionada en las investigaciones en torno a la obra de Cadalso como parte de su obra pero, más allá de fugaces alusiones, lo cierto es que este texto no ha recibido aún demasiada atención por parte de la crítica. En Es-

paña, pueden citarse solamente tres ediciones de esta obra –al menos, yo no conozco ninguna más–: la ya citada de Mercadier (1970), anotada y prologada¹²; la edición de *Cartas marruecas* de Francisco Alonso (1985), en la que la *Defensa* queda incluida¹³; y, por último, una edición muy reciente, de Rafael Herrera Guillén (2006), también anotada aunque escasamente¹⁴. En este contexto de vacío se enmarca el presente artículo, en el que propongo algunas claves interpretativas para su lectura, inscribiéndolo en relación con el texto que lo origina, la "Lettre LXXVIII" de *Lettres persanes* de Montesquieu.

En primer lugar es interesante que atendamos a las palabras del propio Cadalso en esa carta enviada al poeta amigo. La referencia que hace a la *Defensa* revela que, en la fecha en que está escribiendo esta misiva a Meléndez –entre abril y mayo 1775– el texto, que aún no había tomado el que sería su título definitivo, estaba ya escrito, e inédito, puesto que Cadalso está haciendo inventario de las obras que aún no han visto la luz. Ignoramos la suerte que este opúsculo corrió desde su escritura hasta que G. Mercadier lo encuentra en Madrid y lo edita, dos siglos más tarde.

Un punto a esclarecer aún hoy es la fecha de composición de la *Defensa*. Hasta ahora se ha propuesto una fecha aproximada, basada en datos extraídos de la biografía del escritor, y de algunos otros que ofrece el propio texto, por referencias diseminadas que podrían ser útiles al respecto. Cadalso nos da una pista, ciertamente vaga, de la época en que pudo componerla, cuando alude a que sería necesaria cierta madu-

rez para llevar a cabo una empresa como la que se propone:

"En mi edad y carrera, parece absurda o a lo menos extraña esta empresa, porque para ella se necesita una completa madurez, profunda ciencia y claro discernimiento en las materias de religión, política, derecho, historia y otras, so pena de defender la patria tan débilmente como nuestro censor la ofende. Pero nadie lo hace, antes veo muchos españoles callar y, así, autorizar la calumnia con un tácito asentimiento." (Cadalso, 1970: 4)

En este sentido, quizá el escritor estaba haciendo referencia a su juventud en el momento de escritura de estas notas, al justificar por qué decide llevar a cabo una tarea como la de defender la patria de los ataques de una pluma extranjera.

La carta a Meléndez Valdés, en la que Cadalso ya menciona la existencia de este texto, está fechada entre abril y mayo de 1775; el escritor iba entonces a cumplir treinta y cuatro años, edad que en este momento ya marcaba una cierta madurez. Lógicamente, como la *Defensa* surge como respuesta a la lectura de una de las cartas de *Lettres persanes* de Montesquieu, Cadalso debía haber leído esta obra antes de escribir la suya. En este sentido –y siempre moviéndonos en el resbaladizo terreno de la hipótesis– sería plausible que Cadalso hubiera escrito la *Defensa* en algún momento durante su estancia en París, donde la lectura de la obra del Barón le habría movido a redactar este texto. Sin embargo, esto es difícilmente posible dado que Cadalso era un niño cuando estudió en París, a donde llegó con nueve años, en 1750, y de donde se marchó con trece, en 1754. Así, y atendiendo a los datos que conocemos de su obra y su trayectoria vital, debería situarse de un modo aproximado la fecha de escritura de la *Defensa* entre 1758, cuando Cadalso regresa de su formación en el extranjero e ingresa en el Real Seminario de Nobles de Madrid, y 1775, cuando escribe la carta a Meléndez Valdés.

¹² José Cadalso (1970): *Defensa de la nación española contra la Carta persiana LXXVIII de Montesquieu*, edición, prólogo y notas de Guy Mercadier, Toulouse, France-Iberie Recherche.

¹³ José Cadalso (1985): *Cartas marruecas; Defensa de la nación española contra la carta persiana LXXVIII de Montesquieu*, edición de Francisco Alonso, Madrid, Biblioteca Júcar, nº 84, Editorial Júcar.

¹⁴ José Cadalso (2006): *Defensa de la nación española contra la "Carta Persiana LXXVIII" de Montesquieu (notas a la carta persiana que escribió el presidente de Montesquieu en agravio de la religión, valor, ciencia y nobleza de los españoles)*, edición de Rafael Herrera Guillén, Biblioteca Saavedra Fajardo, Murcia.

Según la cronología que establece Manuel Camarero en su edición a *Cartas marruecas* (1996), éste “quizás ya tenía terminada la *Defensa de la nación española*” en 1767, el mismo año en que los jesuitas son expulsados de España y en Inglaterra se publica el *Tristram Shandy* de Sterne. Por su parte, Guy Mercadier propone en el prólogo a su edición de la *Defensa* que pudo ser escrita “entre fines de 1768 y principios de 1771” (Cadalso, 1970: X), basándose en las referencias cronológicas de libros citados en el texto y otras referencias implícitas.

En cualquier caso, es interesante destacar que, sea el que sea el año exacto de composición, este texto es muy anterior a las *Cartas marruecas*, escritas en torno a 1773-1774, lo cual significa que pudo ser durante la composición de la *Defensa* cuando surgió la idea de escribir una obra que partiera de un esquema similar al utilizado por Montesquieu en *Lettres persanes*, pero personal y distanciada, a su vez, del modelo francés.

El texto de la *Defensa* de Cadalso está dividido en dos partes. La primera, “Noticias preliminares”, se compone de tres apartados numerados, en los que el autor justifica el escrito, situándolo como réplica a la carta de Montesquieu, y traza una breve historia de España, desde la época de los fenicios hasta los Borbones. La segunda parte es la “Traducción del texto escrito en francés”, a partir del siguiente método: tras seleccionar los pasajes de la “Lettre LXXVIII” en los que se quiere centrar, coloca el “Texto traducido”, y tras él una nota de contestación en la que refuta el extracto de Montesquieu seleccionado. Esta segunda parte de la *Defensa* se compone de treinta y un pasajes con sus correspondientes comentarios críticos.

Cadalso habla de “fiel traducción” (Cadalso, 1970: 3) del texto francés¹⁵, por lo que presumiblemente hemos de creer que su intención al responder al texto de Montesquieu quiere basarse en la objetividad. Obviamente, como veremos en el transcurso del análisis, lo pasional de

sus juicios contradice esta buena intención primera.

Para el español, esta “mal fundada sátira” (Cadalso, 1970: 4), como califica la “Carta LXXVIII” de Montesquieu, no pasa de ser una mera extravagancia. Lo que preocupa verdaderamente a Cadalso no es que los disparates que difunde este breve texto narrativo de Montesquieu surtieran algún efecto sobre los hombres de letras – “de juicio”, los llama Cadalso –, sino que estas ideas pudieran llegar a “los necios”, mucho más abundantes que los primeros. Voltaire, en carta al rey de Prusia Federico II, en 1767, distinguía entre “(...) la canaille, qui n’est pas digne de être éclairée, et à laquelle tous les jous sont propres; je dis chez les honnêtes gens; chez les hommes qui pensent, chez ceux qui veulent penser.” (en Beaufort y Pascal, 1976: 345).

Cadalso se indigna de que un hombre de la talla y genio de Montesquieu haya sido capaz de agraviar tan injustamente a su país vecino; un país que, además, no conoce más que de lecturas y oídas. Esta situación era bastante frecuente en la España del siglo XVIII, y continuará durante el siglo XIX, cuando se multiplican las voces críticas que, sobre todo desde la prensa, claman contra los abusos y prejuicios de los escritores y viajeros españoles, cuya visión de España corresponde a la leyenda negra de un país atrasado y asolado por todo tipo de males endémicos, desde la falta de educación hasta a superstición y la poltronería como rasgo más sobresaliente del carácter de sus habitantes. Larra, en su famoso artículo “Vuelva usted mañana”, dibuja perfectamente el retrato de uno de estos personajes:

“(...) se presentó en mi casa un extranjero de éstos que, en buena o en mala parte, han de tener siempre de nuestro país una idea exagerada e hiperbólica, de estos que, o creen que los hombres aquí son todavía los espléndidos, francos, generosos y caballerescos seres de hace dos siglos, o que son aún las tribus nómadas del otro lado del Atlante (...)” (Larra, 1981: 191).

¹⁵ Presumiblemente la traducción sea del propio Cadalso, que leía y conocía bien el francés.

Precisamente, el anónimo autor de la carta a Voltaire que Cadalso incluye en la *Defensa* a modo de apéndice reconoce que el problema de la distorsión de la imagen que de los españoles tienen los extranjeros se debe a que los consideran tal y como eran en el siglo XVII: "(...) ridiculizando no costumbres imaginarias, ni las que tenían los franceses dos o tres siglos atrás, como ellos hacen respecto de nosotros, sino las actuales y verdaderas (...)" (Cadalso, 1970: 40).

La crítica a Montesquieu en la *Defensa* se expresa a través de un doble juego: los comentarios y expresiones directas, hirientes y mordaces, junto a la ironía más velada de aparentes elogios al escritor. Ello se advierte ya desde el principio del texto, en las reiteradas referencias al carácter del escritor francés, de quien afirma Cadalso que no es esperable una calumnia tan descarnada contra un país ajeno, como sí lo sería de un "petimetre francés de poca edad, menor juicio y ninguna modestia (...)" (Cadalso, 1970: 4). Recordemos, para advertir lo hiriente del comentario, que Montesquieu tenía poco más de veinte años cuando escribe las *Lettres persanes*. Por otra parte, no hay que perder de vista que el propósito de Cadalso se centraba en responder a un texto de un escritor tan famoso y admirado como Montesquieu, a cuyos méritos literarios se añadía un buen linaje para completar su imagen externa de hombre grave y respetable. De hecho Cadalso reitera hasta siete veces este mismo adjetivo, "grave", para referirse a Montesquieu: "grave senador", "grave sujeto", "este grave togado francés" (Cadalso, 1970: 4); "los autores más graves extranjeros", "grave Presidente de Montesquieu" (Cadalso, 1970: 11); "grave presidente" (Cadalso, 1970: 18); "grave magistrado" (Cadalso, 1970: 20). Esta insistencia no tiene como objetivo remarcar esa cualidad positiva del francés sino, muy al contrario, rebajar a éste mediante un elogio *ex contrario* –muy frecuente, por lo demás, en los escritores españoles del siglo XVIII, que siguen la tradición de los grandes satíricos del Barroco–.

Cadalso justifica la actuación de Montesquieu como una consecuencia inmediata del exceso crítico, y en sus palabras laten conceptos propios de la preceptiva neoclásica, como los de

reglas, decoro, juicio y exceso de libertad: "La lectura de la citada *Carta Persiana* escrita por tan grave sujeto me demuestra que no hay error en que no caiga el mayor talento cuando quiere correr con demasiada libertad."; "(...) al ver que para infamarnos atropellaba a cada renglón las reglas de la verdad, decoro y juicio, saqué esta consecuencia: (...)." (Cadalso, 1970: 4). Asimismo, alude a otro concepto dieciochesco, el del *viaje útil*: "Los hombres de juicio extranjeros que han leído o viajado con utilidad (...)" (Cadalso, 1970: 4).

Aunque Cadalso se refiere en determinado momento a la falta de libertad religiosa y política en la España de su época, y que puede contener a otros individuos a realizar cierto tipo de escritos, apela a su propio sentimiento patrio y a su condición de católico para justificar precisamente la defensa del carácter nacional español. Para llevar a cabo esta defensa no desdeña cualquier medio que esté a su alcance, con el fin de combatir a Montesquieu con las mismas armas que él utiliza: "(...) seguiré su ejemplo, y puesto que él no se detuvo en este escrúpulo, pues empleó ya la sátira, ya la crítica, ya la ironía, ya la mofa, yo también tomaré la misma libertad sin detenerme (...)" (Cadalso, 1970: 5). Sin embargo, la crítica de Cadalso se ciñe exclusivamente al texto y explicita su deseo de no injuriar al conjunto de la nación francesa, que considera aliada de la española y digna de respeto. Además Cadalso recuerda el vínculo personal que le une a este país y manifiesta estar en deuda con éste en lo que a su formación intelectual se refiere:

"Añado a este motivo de respeto y moderación otro igualmente poderoso para hablar con compostura de los franceses. Me he criado en su hermoso país, les debo lo poco que sé, y fuera menos ignorante si me hubiese aprovechado más de la instrucción que ofrecen sus escuelas y academias, que de las delicias que presenta a un joven su agradable morada." (Cadalso, 1970: 5-6).

Finalmente, es de reseñar la coincidencia con algunas ideas de la *Carta sobre el teatro español*, que Mercadier incluyó en su edición a

continuación de la *Defensa*; así, por ejemplo, la confusión entre castellanos y portugueses de que es acusado Montesquieu.

A continuación, he dividido los fragmentos en que Cadalso descompone la "Lettre LXXVIII" en diez apartados, que analizo a continuación.

a) Preámbulo. (Nota 1ª)

La carta de Montesquieu comienza con la voz de Rica, que dice enviar a Usbek la copia de una carta escrita por un francés que lleva seis meses en España. Cadalso se burla de que sea un francés precisamente el que enjuicia a los españoles, porque afirma que los viajeros del país vecino que visitan España suelen carecer de los mínimos conocimientos indispensables para llevar a cabo un verdadero ejercicio crítico: desde comerciantes y modistas hasta cocineros y vagos en general. Ninguno de ellos tiene los suficientes conocimientos "(...)" para que sus relaciones tan vagas como superficiales puedan ser los documentos de una sátira escrita por un hombre tan docto contra una nación tan seria." (Cadalso, 1970: 14).

b) Galofobia española. (Nota 2ª)

Desde el comienzo de la carta, Montesquieu hace alusión al odio que sienten los españoles hacia los franceses, odio al que subyace una larga historia de acontecimientos trágicos entre estas dos naciones, y que se acentuará aún más si cabe en los primeros años del XIX por la invasión francesa y la Guerra de la Independencia. Cadalso recuerda que ciertas alianzas entre Francia y España desdican la acusación de galofobia de la que habla Montesquieu, y hace alusión a *L'inoculation du bon sens*, del poeta francés Nicholas Joseph Selis, para justificar el hipotético odio que puedan sentir hacia Francia el resto de países europeos.

c) Rasgos del español: psicológicos (la gravedad y la soberbia) y físicos (los anteojos y el bigote). (Notas 3ª-8ª)

Realiza Montesquieu a través de Rica una descripción paródica de los españoles y portugueses –a los que considera, erróneamente, como a un todo– a partir de un rasgo sobresaliente de su personalidad: la gravedad de carácter, que se manifiesta físicamente mediante los anteojos –"Les lunettes font voir démonstrativement que celui qui les porte est un homme consommé dans les sciences (...)"¹⁶– y el bigote –"Quant à la moustache, elle est respectable par elle-même, et indépendamment des conséquences (...)"¹⁷–. Cadalso protesta de lo relativo de esta aseveración tan tajante: "Todo es respectivo en este mundo, no hay cosa que sea positivamente tal." (Cadalso, 1970: 15); y se burla de que Montesquieu asocie la gravedad a banalidades.

La gravedad conduce a la soberbia, que es otro de los rasgos característicos, según Montesquieu, de los españoles, basada en la idea de la pureza de sangre, para los que viven en España, y en la racial, para los que habitan las colonias americanas. Para Cadalso, más bien cabría hablar de "(...)" un poco de desidia y superstición, que son nuestros defectos nacionales." (Cadalso, 1970: 19); el carácter supersticioso de los españoles ya había sido resaltado por otros escritores, como el ilustrado Feijoo.

d) La poltronería. (Notas 9ª-12ª)

Llegamos a uno de los tópicos sobre los españoles más repetido desde antiguo. Un colaborador de la revista romántica *Museo de las Familias*, Anaya, escribía en un artículo en el que hablaba de este tema lo siguiente:

"Toda su doctrina, producto de su juicio y natural instinto, se reduce a tres máximas: trabajar lo menos que se pueda; gozar con sumo descanso y

¹⁶ "Los anteojos son prueba demostrativa de que el que los gasta es sujeto consumado en las ciencias (...)" (Montesquieu, 1994: 115).

¹⁷ "El bigote es respetable por sí mismo y no respecto a sus consecuencias (...)" (Montesquieu, 1994: 115).

comodidad; y cuidar el individuo cuanto las circunstancias le permitan, aunque no sea más que por la curiosidad de ver lo que dura un hombre pesado bien cuidado." (Anaya, 1846: 284).

El humor está muy presente en las respuestas de Cadalso, quien afirma que ciertos pasajes son tan soeces que de ningún modo pudieron ser escritos por una persona tan seria como el Barón de Montesquieu: "Lo paso por yerro de imprenta: a la verdad, un majo del Barquillo no hablaría con más bajo estilo." (Cadalso, 1970: 19). Se burla, obviamente, de los tópicos a los que recurre el francés: la imagen del español soldado, o del que toca la guitarra. No pierde Cadalso la ocasión para repetir nuevamente la relación política que une a su país con el vecino, y se lamenta del poco conocimiento que tiene de la nación a la que critica el escritor francés:

"Ni de la nación más desconocida que puede hallarse en los climas más impracticables se puede hablar con tan malas noticias como este grave magistrado habla de una nación solamente dividida de la suya por unos montes accesibles, y cuya íntima alianza ha sido tan solicitada por los franceses." (Cadalso, 1970: 20).

e) Los tópicos del "amor a la española". (Notas 13^a-18^a)

Las ideas que sobre este punto tiene Montesquieu entroncan con una larga tradición que se propaga sobre los españoles desde el Siglo de Oro: "(...) ils sont toujours amoureux."¹⁸; "Ils sont premièrement dévots, et secondement jaloux."¹⁹; alude al galanteo de la dama mediante el cortejo de la reja, escena tan presente en el teatro neoclásico francés por la influencia de las comedias españolas de los Siglos de Oro, y manifiesta respecto a éste el trato que dispensan los españoles a sus mujeres: "Ils permettent à leurs femmes de paraître avec le sein découvert; mais

¹⁸ "(...) siempre están enamorados." (Montesquieu, 1994: 116)

¹⁹ "Primero son devotos y después celosos." (Montesquieu, 1994: 116)

ils ne veulent pas qu'on leur voie le talon, et qu'on les surprenne par le bout des pieds."²⁰ La respuesta de Cadalso no esconde su malicia: "Cuando los españoles se vestían a la española, las mujeres se vestían con modestia, y no enseñaban pies ni pechos. Ahora se visten como en París" (Cadalso, 1970: 21-22).

f) La Inquisición. (Notas 14^a-21^a)

De un tema como el amor pasamos a otro tan serio como el de la religión. Obviamente, un intelectual como Montesquieu no podía ver con buenos ojos la Inquisición española. Cadalso parece justificar su papel como garante de la religiosidad en España pero, en el fondo, da concesiones al francés – "Aunque la Inquisición haya pretendido abstraerse de la obediencia al soberano, aunque haya fomentado la superstición, (...)", escribe (Cadalso, 1970: 26)– y la pone al mismo nivel que las Guerras de Religión en Francia, y matanzas como la de Saint-Barthélemy²¹:

"Aunque la Inquisición, desde su establecimiento, haya quemado periódicamente todos los años dos docenas o tres de inocentes, ¿llegara acaso este número al de los degollados en Francia la noche del 23 al 24 de agosto del año de 1572?" (Cadalso, 1970: 26).

Algunos datos de la Historia de Francia manejados por Cadalso apuntan a la lectura de textos como la *Henriade* de Voltaire, novelas francesas y otros libros incluidos, precisamente, en el *Index* de libros prohibidos por el Santo Tribunal, como recuerda Guy Mercadier en el prólogo a la obra (Cadalso, 1970: IX).

²⁰ "Permiten que salgan sus mujeres a la calle con los pechos al aire, pero no que enseñen el talón o que descubran la punta del pie." (Montesquieu, 1994: 116)

²¹ Esta misma equiparación la encontramos en Voltaire, quien en una carta dirigida a M. D'Alembert, el 18 de julio de 1766, escribe: "C'est celui de la Saint-Barthélemy. L'inquisition n'aurait pas osé faire ce que des juges jansénistes viennent d'exécuter." (Beaufort y Pascal, 1976: 344).

g) Cultura y lectura en España (Notas 22^a-24^a)

La leyenda negra que circulaba sobre España hizo que Europa tuviera de ella una visión de nación inculta y analfabeta; y a pesar de que en verdad la tasa de analfabetismo era muy alta, y las condiciones de escolarización muy malas, lo cierto es que también había una minoría culta e intelectual que influía, a causa del desconocimiento que de ella se tenía, poco o nada en el extranjero.

Montesquieu acusa esta idea cuando se refiere en su carta a la inferioridad literaria de España, y resume en el *Quijote* toda la riqueza de la literatura española, desde la Edad Media hasta el siglo XVIII: "Le seul de leurs livres qui soit bon est celui qui a fait voir le ridicule de tous les autres."²² Cadalso en respuesta apela a Feijoo como a uno de los mejores hombres de letras de la España de su tiempo, y exclama irónicamente:

"Y si Feijoo se pusiese a hablar de la literatura de los chinos sin saber aquel idioma ni conocer sus autores, ¿qué delirios proferiría?" (Cadalso, 1970: 29).

Por último, la respuesta de Cadalso a la idea que Montesquieu tiene de las bibliotecas españolas, sobre la división de los libros escolásticos y las novelas, es muy interesante en tanto que resulta ser un testimonio privilegiado de los gustos literarios de los hombres del XVIII, y nos orienta hacia qué leían y apreciaban: desde historiadores como Mariana, Ferreras, Herrera o Solís hasta prosistas como Gracián y Feijoo, los juicios políticos de Saavedra o la poesía de Mena, Boscán, Garcilaso, Ercilla y Lope de Vega, "(...) que han manejado nuestro hermoso idioma con una gracia inasequible a la lengua francesa, por más que las academias y sabios particulares la pulen y liman cada día, quitando, poniendo y mudando letras." (Cadalso, 1970: 30).

²² "El único buen libro que tienen es el que ha hecho ver lo ridículos que eran todos los demás." (Montesquieu, 1994: 117)

h) El tema de América. (Notas 25^a-28^a)

Esta es la segunda cuestión, junto a la anterior de la Inquisición, a la que Montesquieu hace alusión en su carta. Era un tema, por lo demás, muy debatido en la Europa de la época, cuando se planteaba la actuación de los españoles en el Nuevo Mundo. Montesquieu se burla de que los españoles necesitaran conquistar un continente nuevo cuando apenas conocían el suyo propio: "(...) il y a sur leurs rivières tel pont qui n'a pas encore été découvert, et dans leurs montagnes des nations qui leur sont inconnues."²³ También menciona la tópica idea de una España árida y desértica, imagen que será recuperada positivamente por los escritores españoles regeneracionistas a finales del siglo XIX y comienzos del XX. Cadalso describe las bondades de la geografía española para contrarrestar esta opinión del francés, alabando lo mejor de cada lugar: la rica cultura de Cataluña, la fertilidad y los olivares de Andalucía, la huerta de Murcia y sus cercanías –sobre la que asegura que "ha habido ejemplar de recogerse ciento veinticinco fanegas de cosecha por una de sembrado" (Cadalso, 1970: 32)–, los campos de Castilla la Vieja o las riberas del Ebro en Aragón.

i) Conclusión. (Notas 29^a-31^a)

Rica concluye su carta imaginándose cómo podría ser la que enviara desde Francia a Madrid un español que enjuiciase las costumbres y el modo de vida francés. Cadalso presupone que una carta así debería destacar cuáles son los verdaderos defectos del pueblo francés, si bien ofrece una valiosa lección de respeto hacia los pueblos, de humildad y humanidad: "Así acabaría el español, conociendo que todas las naciones son cuerpos respetables, aunque tenga uno u otro ridículo flaco, y sabría que el que critica con poco fundamento hace recaer sobre sí mismo toda la mofa que pretendía echar sobre el objeto criticado (...)" (Cadalso, 1970: 34).

²³ "(...) en sus ríos hay puertos que todavía no están descubiertos, y en sus montañas pueblos que no conocen." (Montesquieu, 1994: 117).

Una de esas grandes paradojas de la Historia ha hecho que esta obra en la que Cadalso trata de defender el honor patrio de las falsas acusaciones vertidas por un escritor francés, olvidada durante siglos, haya salido a la luz gracias, precisamente, a un investigador francés. Curiosamente, además, Cadalso no fue el único que sintió la necesidad de redactar un texto con carácter de reivindicación o defensa. También el propio Montesquieu se vio obligado a rechazar los ataques que jesuitas y jansenistas lanzaron contra su obra *L'Esprit des loyes*, desde el mismo momento de su publicación, en 1748: *Défense de L'Esprit des loyes*. En cualquier caso tanto uno como otro quedan escritos – *verba volant, scripta manent*, como reza el verso latino–, pasando así a la historia de la literatura y la cultura, en un cruce de defensas y ambigüedades.

BIBLIOGRAFÍA.

- ALBORG, Juan Luis (1975): *Historia de la literatura española III: El siglo XVIII*, Madrid, Gredos.
- ANAYA (1846): "Ventajas de la pesadez y de los caracteres flemáticos. Elogio de la poltronería", en *Museo de las Familias*, tomo IV, Madrid, Establecimiento Tipográfico de Francisco de Paula Mellado, p. 236-239 y 282-284.
- BAQUERO GOYANES, Mariano (1981): Estudio preliminar, edición y notas de *Cartas marruecas*, Barcelona, Bruguera, pp. VII-LXIII.
- (1963): *Perspectivismo y contraste (de Cadalso a Pérez de Ayala)*, Madrid, Gredos.
- BEAUFORT, Jacques et Colette, et PASCAL, Jean-Noel, (eds) (1976) : *Le XVIII en 10/18. Textes littéraires français*, París, EGE.
- CADALSO, José (1970): *Defensa de la nación española contra la "Carta persiana LXXVIII" de Montesquieu*, edición, prólogo y notas de Guy Mercadier, Toulouse, France-Iberie Recherche.
- (1979): *Escritos autobiográficos y epistolario*, edición de Nigel Glendinning y Nicole Harrison, Londres, Tamesis Book Limited.
- (1999): *Memorias o compendio de mi vida*, edición digital a partir de la copia manuscrita de letra del siglo XVIII, en un tomo de *Varios*, fols. 167r-191v, conservado en la Biblioteca de la Real Academia de la Historia (Madrid); Alicante, Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes.
- <http://www.cervantesvirtual.com/FichaObra.html?Ref=1061>
- CAMARERO, ed. (1984): *Cartas marruecas*, Madrid, Castalia.
- CERVANTES SAAVEDRA, Miguel de (1994): *Don Quijote de la Mancha*, ed. de Martín de Riquer, Barcelona, RBA Editores.
- CIRIA, Alberto (1967): *Montesquieu*, Argentina, Centro Editor de América Latina.
- LARRA, Mariano José (1981): *Artículos*, ed. de Enrique Rubio, Madrid, Cátedra.
- MONTESQUIEU (1994): *Cartas persas*, ed. de Josep M. Colomer y traducción de José Marchena, Madrid, Tecnos, 2ª ed.
- (1960) : *Lettres persanes*, ed. de Paul Vernière, Garnier Frères, París.
- <http://gallica.bnf.fr/ark:/12148/bpt6k1014737http://gallica.bnf.fr/ark:/12148/bpt6k1014737>
- RIQUER, Martín de y VALVERDE, José Mª (1999): *Historia de la literatura universal. VI: Edad de la Razón y Prerromanticismo*, Barcelona, Planeta, 6ª ed.
- SEBOLD, Russell P. (1974): *Cadalso: el primer romántico "europeo" de España*, Madrid, Gredos.

ANA PEÑAS RUIZ

Universidad de Murcia